

PIRATAS INSURGENTES EN EL GOLFO DE MÉXICO

Héctor Pérez Monter*

Por sus implicaciones poco éticas a la luz de la historia oficial, la relación entre insurgentes y corsarios ha sido un capítulo no exaltado en nuestra lucha por la Independencia. El trato con los piratas franco-norteamericanos más legendarios como Laffite y You, entre varios, permitió a los insurrectos tener presencia marítima, minar las fuerzas españolas en el Caribe y, sobre todo, obtener armas y recursos para alcanzar la máxima cumbre del movimiento, con José María Morelos a la cabeza.

Este camino comienza con la búsqueda de apoyo en el primer país independiente de América: Estados Unidos. Lejos de ver sus intenciones expansionistas, los insurgentes iberoamericanos consideraban a este país un paladín del liberalismo y un aliado natural en contra del absolutismo. La diplomacia norteamericana tuvo la pericia de utilizar a los corsarios, primero, en la anexión de la colonia francesa de Luisiana, y después,

articularlos con los insurgentes novohispanos en un brazo armado contra el imperio español, al que querían arrebatarse Florida y Texas, reservándose para después el ímpetu sobre California.

Tres meses después de comenzar la guerra de Independencia, Miguel Hidalgo nombró embajador plenipotenciario en Estados Unidos al mariscal de campo Pascasio Ortiz de Letona, para obtener armas, dinero y equipo militar. Ortiz de Letona se dirigió al golfo de México, pero al tratar de cambiar una onza de oro en el pueblo de Molango fue arrestado por las fuerzas realistas. El mariscal no quiso esperar el juicio, por lo que optó por tomar veneno cuando era remitido a la ciudad de México.

Ya en la lucha, Hidalgo nombró embajador plenipotenciario ante Estados Unidos a Ignacio Aldama, pero en su camino, al llegar a San Antonio, Texas, fue acusado de ser agente de Napoleón Bonaparte, arrestado y

remitido a Monclova, donde lo sometieron a juicio y lo fusilaron. Ya en franca huida, Hidalgo nombró en Saltillo al teniente coronel Bernardo Gutiérrez de Lara embajador plenipotenciario ante Estados Unidos. Junto con catorce hombres, este militar cabalgó durante cuatro meses hasta Washington, donde se entrevistó con el secretario de Estado, James Monroe. Después de varios encuentros, la propuesta del gobierno norteamericano era ayudar a los insurgentes, a cambio de anexar a su federación los territorios ganados al imperio español. Estas conversaciones fueron el inicio del genio expansionista de Monroe, que al ser presidente de su país plasmaría en su famosa doctrina: "El Destino Manifiesto".

Bernardo Gutiérrez rechazó la oferta y se dirigió a Nueva Orleans, donde pudo encontrar apoyo de varios comerciantes para reunir una partida de 450 aventureros y mercenarios, en la primera de muchas expediciones que saldrían del mismo punto. Cuando la rebelión de Hidalgo ya había sido aplastada y sus cabecillas fusilados, Bernardo Gutiérrez cruzó la frontera con Texas, en agosto de 1812, tomando posiciones clave como la villa de Nacogdoches, la bahía del Espíritu Santo y San Antonio.

Si había un lugar libre, lejos de cual-

quier autoridad, ideología o religión, era la Luisiana, un territorio óptimo para preparar expediciones que prometieran buenos dividendos. Cuando Francia quiso compensar a España por la guerra sostenida contra ellos, intentó entregarle este territorio de ultramar, pero sus colonos terminaron corriendo al gobernador español asignado y, despreciados por Francia, se sintieron libres y cada vez más identificados con la naciente Unión Americana. Nueva Orleans, refugio de hombres sin ley y sin ideología, era la capital de este territorio.

Un caso que ejemplifica este juego múltiple de lealtades en la zona, es el del diputado caribeño a las Cortes de Cádiz, José Álvarez de Toledo, que mientras solicitaba audiencia ante el gobierno norteamericano para proponer el inicio de la insurgencia en Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico, también prometía fidelidad a la Corona, al embajador español, Luis de Onís. Éste mandó una carta al virrey de Nueva España, en la que evidencia la descomposición ideológica:

"El general francés Humbert, bien conocido en Europa por su intrepidez y talento militar, [...] ha salido de aquí esta semana para Nueva Orleans, acompañado de varios oficiales franceses y de algunos españoles, [...] El plan de la Francia y el de este



gobierno [EUA] que son los que bajo mano fomentan la revolución de ese Reino [Nueva España] es que este General pase a dirigir las operaciones del ejército insurgente en Texas, bajo las órdenes de Toledo [...] desposeyendo del mando al cabecilla Bernardo Gutiérrez, por su ignorancia y crueldad. El General Humbert lleva consigo como Jefe de Estado Mayor a otro francés llamado Archard, [...] este último ha pasado hasta aquí por realista extremado y opuesto a Bonaparte, ha venido a verse conmigo para proponerme entregar todo el ejército insurgente a nuestros generales. Yo le he alabado mucho la idea como digna de los principios que siempre me ha manifestado [...] y que esté seguro de una generosa recompensa por parte de la nación, si se logra el golpe. No he querido tomar empeño ninguno con él, porque no me fio

de sus palabras, ni de las del ex diputado Toledo que me hizo igual proposición antes de salir para esta expedición; pero creo muy importante que V.E. [vuestra excelencia] se halle instruido de ello, a fin de que prevenga a nuestros generales y jefes, que en caso de dirigirse a ellos procedan con toda cautela, sin despreciar, ni fiarse tampoco a sus ofertas, pues así Toledo como su compañero Picornell y el Jefe del Estado Mayor, Achard, son abonados para cualquier traición a favor de una u otra parte, y el último aún para forjar [falsificar] papeles, pues se me ha asegurado que tiene mis pasaportes y firma [salvoconductos y credenciales] los del Ministro de Francia y aún del de Rusia e Inglaterra".

Es muy posible que las cartas que finalmente llevaban los mercenarios fuesen

originales, para utilizarlas como mejor les conviniera, en un acuerdo con el embajador y las demás partes involucradas.

Las intrigas de Toledo dieron resultado y logró destituir a Bernardo Gutiérrez del mando; aunque al parecer, en este juego dubitativo de entregarse o combatir fue derrotado por las fuerzas realistas en la batalla de Medina. Pero de aquel Estado Mayor francés se volvió a saber hasta junio de 1814, cuando desembarcó en Nautla, Veracruz, el afamado general Humbert, para entonces un consumado corsario, acompañado de Domingo You, y los célebres hermanos Juan y Pedro Laffite, quienes convencieron al general José María Morelos y Pavón, con todo su arsenal de documentos, de que eran comisionados del gobierno de Estados Unidos para entrar en conexión con la insurgencia. El Siervo de la Nación se entusiasmó tanto con la presencia de estos corsarios, que les otorgó autorización para llevar la bandera de los insurgentes en sus naves y hasta nombró como ministro plenipotenciario ante el gobierno angloamericano al padre, y médico, José Manuel de Herrera.

Habría que pensar si entre los pabellones entregados no estuvo el del famoso Batallón de la Muerte, aquel guinda, con una

calavera al centro y cuatro huesos sobre una cruz negra, quizás el verdadero origen de la famosa bandera negra que por muchos años simbolizó a la piratería en altamar.

Uno de los primeros insurgentes en unirse a estos corsarios fue Juan Pablo Anaya, quien se embarcó en sus tropelías y certificó que medio centenar de naves con el pabellón mexicano eran bien recibidas por el gobierno norteamericano y temidas por los galeones españoles.

Conforme estallaba cada guerra por la independencia en toda Hispanoamérica, en Estados Unidos se movían agentes de todos los caudillos, logrando para su causa apoyos en armas, dinero y equipo entre comerciantes, aventureros, mercenarios y corsarios dispuestos a invertir. México ofrecía la enorme garantía de un Congreso Insurgente y el prestigio de su caudillo, José María Morelos y Pavón, para respaldar sus empréstitos. El gobierno norteamericano permitía que conspiradores y comerciantes se movieran libremente, y que los corsarios diezmaran la flota española para traer sus grandes tesoros a cambiar a Nueva Orleans. Además de ganar la partida comercial a Inglaterra, como vendedora de armas y equipo, la Unión Americana consiguió debilitar a España a pasos gigantes y veía cerca la

expansión de su territorio. Tan conveniente era este negocio que el gobierno del estado de Luisiana tramitó y logró ante el Congreso el reconocimiento del escudo insurgente como gobierno, éste sí, el del águila sobre un nopal, devorando una serpiente, con marco azul.

El embajador español, Luis de Onís, pidió inútilmente la entrega de varios individuos que hacían armas contra su nación en Luisiana, con el objeto de entregarlos a su amo, Fernando VII, de quien los insurrectos eran vasallos; así mismo, pedía que no se admitiese en los puertos de Estados Unidos ningún barco que llevase el pabellón mexicano, ya que los consideraba salteadores. La respuesta de ese gobierno era que no entregaría a ningún hombre, cualquiera que hubiera sido su delito cometido en otra parte, y que no retiraría la orden dada a todos los puertos, para que fueran bien recibidas las naves que llevasen el pabellón mexicano.

El doctor José Manuel de Herrera, diputado por Tehuacán ante el Congreso de Chilpancingo, quien no era un negociador muy hábil, perdió la oportunidad de hablar ante el Congreso de aquel país, que esperaba su presencia. Sin embargo, luego de una rapiña imparable sobre la flota española, ya no hacía falta una gestión formal y mucho menos

diplomática. A este salteo se sumaron los piratas ingleses y holandeses, atraídos por los cargamentos de las minas de Perú y la Nueva España.

Nueva Orleans era una base de piratas abierta. Además de los hermanos Laffite y Dominico You, eran reconocidos Vicente Gamba, John Galvin, Luis de Aury y Adai. Embarcaciones como *Popa*, *Petit Milán*, *Calipso*, *Victoria*, *Congreso*, *Chipewa*, *Sirena*, *Simón Bolívar*, *Criolla*, *Activa* y *Arisмени*, entre otras, eran tan legendarias como temibles. Otros representantes hispanoamericanos que trabajaban en Nueva Orleans eran Manuel Torres y Pedro Gual, de Sudamérica, y entre otros mexicanos que conspiraban en Luisiana estaban fray Servando Teresa de Mier, introductor de Francisco Javier Mina y Cornelio Ortiz de Zárate.

La captura y fusilamiento de José María Morelos, la disolución del Congreso Insurgente y el perdón otorgado a los insurrectos, al que se acogieron muchos, provocó en Estados Unidos, y particularmente en Nueva Orleans, el golpe económico del año. Los comerciantes norteamericanos retiraron su dinero de inmediato o dejaron de prestarlo, al no contar con la entidad que había respaldado los préstamos; muchos se fueron a la quiebra porque pensaron que era el fin



de la insurgencia. Sin embargo, el salteo en el mar seguía siendo redituable, no así las expediciones insurgentes, de las cuales muchas no se llevaron a cabo por falta de dinero, mala organización y, sobre todo, porque los inversionistas veían un freno en las derrotas de los pocos insurgentes que aún quedaban.

Por su parte, España cerró la entrada de extranjeros a sus colonias; desde 1810 una Real Orden decretaba la pena de muerte al extranjero que no presentara los documentos necesarios, y para 1815 un bando indicaba que se procesaría a todo francés que promoviera cualquier rebelión en América. Ante la insistencia de las autoridades hispanas, vía Juan de Onís, el presidente norteamericano James Madison no tuvo

más remedio que expedir una orden el 3 de marzo de 1817, en la que prohibía que en su territorio se brindase ayuda a los insurgentes.

Pero cuando se pensaba que la inversión en las causas insurgentes estaba muerta, llegó a Luisiana el liberal español Francisco Javier Mina, alentado desde Londres por el prelado nueveleonés fray Servando Teresa de Mier. Luis de Onís, que protestaba constantemente por el doble juego de la potencia americana, pues no reconocía oficialmente a los países emancipados pero los apoyaba con armamento e insumos, tuvo que tragar hiel cuando se recibió en Nueva Orleans con 19 cañonazos a la nave del guerrillero español, *Caledonia*, que desplegó el pabellón insurgente.

Gracias a las cartas del embajador de España, hoy sabemos de los preparativos y los tropiezos de la expedición de Francisco Javier Mina —es una ironía que conozcamos mejor los pasos de un héroe nacional a través de los registros del enemigo. Una de las protestas diplomáticas de Luis de Onís logró que parte de los efectivos militares que traía la fragata *Caledonia* desde Inglaterra fueran descargados, aunque esta medida del gobierno norteamericano fue sólo para cumplir un trámite, ya que en otro lugar cercano, Mina volvió a cargar el mismo grupo y armamento. De hecho, contó siempre con la libertad necesaria para habilitar su expedición: pudo viajar de un puerto a otro, comprar embarcaciones, armas, concertar empréstitos y reclutar voluntarios.

Al ver el poco efecto de sus protestas y la escasez de fondos para operar, el ministro español optó por convertirse en un mero espía e informador de los virreyes Félix María Calleja y su sucesor, Juan Ruiz de Apodaca. Por algunos desertores, Onís supo que el dinero obtenido por Mina era de un norteamericano de nombre Stewart y que lo apoyaba lord Castlereagh, de Inglaterra; también supo del interés que tenían los comerciantes de Baltimore y los vales que Mina les expedía cuando necesitaba fondos.

Onís sabía de los lugares donde se alistaban los mercenarios y los motivos que tuvieron algunos para abandonar la empresa. Escribió al virrey sobre la ayuda que recibió Mina en la bahía de Galveston por parte del anglonorteamericano John Galvin y del corsario francés Luis de Aury, además de los aventureros que se le unían y sus proyectos de desembarco. Hoy sabemos por las cartas de Onís que, pese a todo, Mina pudo formar una expedición internacionalista con españoles, tanto realistas como liberales, que combatieron en contra y a favor de Fernando VII; ingleses, italianos y franceses que habían estado en varios frentes de la batalla de Waterloo; veteranos norteamericanos e ingleses que combatieron en la guerra de Independencia; marinos franceses y españoles que combatieron a favor y en contra de Napoleón, y algunos colombianos que habían luchado a las órdenes de Simón Bolívar.

Pese a los datos obtenidos y enviados por Onís, Mina y sus huestes pudieron desembarcar en Soto la Marina. En su intento de llegar hasta los pocos insurgentes que aún luchaban, como Guadalupe Victoria, Francisco Javier Mina venció en varias ocasiones a las tropas realistas, no obstante la diferencia en número y armamento. Al

final, fue muy corta la campaña militar del guerrillero y liberal español, aunque el ánimo de este grupo de internacionalistas reavivó la esperanza de los insurgentes, por lo que la lucha tuvo fuelle para continuar. Sin embargo, con esta aventura terminó la influencia de los corsarios del golfo de México en la lucha por la independencia, y al finalizar dicha campaña algunos de ellos reclamaron derechos y devoluciones, como los hermanos Lallemand y John Galvin, quienes tuvieron la entereza de asegurar que fueron movidos por ideales, más que por intereses materiales.

La documentación sobre este pasaje de nuestra Independencia nos muestra la moral múltiple de los ex combatientes, quienes se unieron por motivaciones que iban de las ambiciones malsanas a los ideales bien intencionados. En una época y un mundo de lealtades y creencias rígidas, Nueva Orleans ofrecía una perspectiva irreverente, caricaturizada, aunque no menos veraz, de las posiciones de cada gobierno europeo. Esta contrariedad pudo haber catalizado las simpatías y los apoyos hacia la insurgencia novohispana, que tomó todo para su causa sin reparar en distinguir sus intenciones. La expedición de Mina es la mejor muestra de cómo combatientes de todas las nacio-

nalidades, que años antes combatieron en frentes opuestos, se unieron por un ideal o una esperanza de reivindicación.

Por su parte, el embajador Luis de Onís, una de las principales fuentes de este pasaje histórico, trabajó desde 1812 advirtiendo a su gobierno de las ideas ambiciosas de la naciente Unión Americana y sus miras hostiles contra España.

"Vuestra Excelencia se halla enterado ya por mi correspondencia, que este Gobierno se ha propuesto nada menos que fijar sus límites en la embocadura del Río Norte o Bravo, siguiendo su curso hasta el grado 31 y desde ahí tirando una línea recta hasta el mar Pacífico, tomándose por consiguiente las provincias de Tejas, Nuevo Santander, Coahuila, Nuevo México y parte de la provincia de Nueva Vizcaya y la Sonora. [...] Pareciera un delirio este proyecto a toda persona sensata, pero no es menos seguro que el proyecto existe, y que se ha levantado un plan expresamente de estas provincias por orden del Gobierno, incluyendo también en dichos límites la isla de Cuba, como una pertenencia natural de esta República".

El reconocimiento oficial de Estados Unidos a este diplomático llegó hasta 1815, cuando Napoleón fue derrotado en definitiva y Fernando VII se restableció en el

trono; sólo entonces recibió sus cartas credenciales el presidente Madison. El mismo Luis de Onís se vio obligado a negociar con el secretario de Estado, John Quincy Adams, la compra de la Florida, en 1819.

La correspondencia del ministro plenipotenciario de España en Estados Unidos con los virreyes de la Nueva España, se localiza en el Archivo General de la Nación, dentro

del grupo documental Notas Diplomáticas, y la parte correspondiente a la expedición de Mina, entre los años de 1816 y 17, se creyó pérdida por ser altamente confidencial; sin embargo, esta correspondencia se localizó más tarde dentro de una sección llamada Indiferente General, compuesta por legajos de diferentes ramos.



* Investigador periodístico y guionista, es profesor en la UNAM.